

BIBLIOTECA CLÁSICA

# TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA  
DESDE SU FUNDACIÓN

VIII-X

**GEDOS**



HISTORIA DE ROMA  
DESDE SU FUNDACIÓN



# TITO LIVIO

## HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

VIII-X

Traducción y notas de  
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL

**GEDOS**

La Biblioteca Clásica Gredos, fundada en 1977 y sin duda una de las más ambiciosas empresas culturales de nuestro país, surgió con el objetivo de poner a disposición de los lectores hispanohablantes el rico legado de la literatura grecolatina, bajo la atenta dirección de Carlos García Gual, para la sección griega, y de José Luis Moralejo y José Javier Iso, para la sección latina. Con 415 títulos publicados, constituye, con diferencia, la más extensa colección de versiones castellanas de autores clásicos.

Publicado originalmente en la BCG con el número 148, este volumen presenta la traducción de *Historia de Roma desde su fundación (Libros VIII-X)* realizada por José Antonio Villar Vidal.

Asesor de la colección: Luis Unceta Gómez.  
La traducción de este volumen ha sido revisada  
por Juan Gil.

© de la traducción y las notas: José Antonio Villar Vidal.  
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2024.  
Avda. Diagonal 189 - 08018 Barcelona.  
[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

*Primera edición en la Biblioteca Clásica Gredos: 1990.*  
*Primera edición en este formato: febrero de 2024.*

RBA • GREDOS  
REF.: GEBO675  
ISBN: 978-84-249-9859-2

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

## NOTA INTRODUCTORIA

Los casi cincuenta años (341-293 a. C.) de la historia de Roma abarcados en este volumen aparecen, en el relato de Livio, más marcados por los acontecimientos del exterior que por las tensiones internas derivadas de la necesidad de adaptar la Constitución a los nuevos papeles que van asumiendo las distintas fuerzas sociales.

Están en primer lugar las relaciones con los aliados latinos: Roma, cabeza de la alianza, actúa de forma unilateral provocando reacciones de disgusto en los aliados, por cuestiones menores en principio; es un proceso que culmina con carácter decisivo en la guerra del 338. El resultado es el resquebrajamiento, sin retorno ya, de la unidad latina y la consolidación de la hegemonía de Roma en Italia central. Estas circunstancias fuerzan de forma inevitable una reorganización social, al ingerir y asimilar Roma a los antiguos aliados latinos: sólo una parte de éstos continúa con el antiguo estatuto de derechos recíprocos; otros pierden por completo su identidad y son convertidos en ciudadanos romanos con todas las consecuencias; para otros, por último, se crea entonces la llamada *ciuitas sine sufragio*, una ciudadanía a medias sin derecho de voto. Es esta una figura de nueva creación, imprescindible para hacer posible lo que será en adelante la historia de Roma.

El paso siguiente fue la expansión hacia el Sur, especialmente hacia las fértiles tierras de la Campania. El problema de mayor entidad lo representaban los pueblos de montaña, que ya les habían cortado la implantación en la zona a los etruscos, y en su día a los griegos: los llamados «samnitas». Vivían en el macizo montañoso del centro de Italia al sur de Roma. También ellos se sentían atraídos por la Campania, pues sus pastos quedaban pequeños y la presión demográfica se volvía a veces agobiante para ellos. Formaban una sociedad disciplinada con rigidez, aunque con muy contados centros urbanos de relativa importancia. A mediados del siglo IV se habían extendido hasta el río Liris, que representaba la frontera del Lacio por el Sur. Los romanos habían firmado con ellos un tratado en el año 354 repartiéndose las zonas de influencia, y posiblemente obligándose a alguna forma de apoyo mutuo, como el prestado por los samnitas a Roma en el año 338 en su lucha con los latinos. Esta alianza, que podía mantenerse a flote mientras tuvieran que enfrentarse a un enemigo más o menos común, tenía los días contados si llegaban a entrar en competencia por un mismo objetivo. Se había producido ya la primera guerra samnita (343-341); tras ella vino una paz difícil. Roma no renunciaba a un control completo de la Campania, que además de fértiles tierras representaba salidas comerciales hacia el mundo helenístico, así como recursos minerales, y comenzó a dar pasos de provocación calculada: ocupó poblaciones importantes en el norte de la Campania (Cumae, Suésula, Acerra: año 332); desarrolló una cierta política de alianzas (ápulos, lucanos, Alejandro de Epiro); implantó una colonia latina en la zona de influencia samnita, según estipulaba el tratado del 354, en un punto estratégico.



Estas acciones provocan una reacción por parte samnita, que ocupa Palépolis (año 327) y amenaza los asentamientos romanos de la Campania. Estalla la segunda guerra samnita, reñida e interminable, con el episodio de las Horcas Caudinas (321) ocurrido cuando los romanos buscaban precipitar el desenlace: la relación de fuerzas parece reequilibrarse constantemente. Pero, como balance global, se va produciendo el progresivo encierro de los samnitas, cada vez más a la defensiva, en las montañas, y la paz del 304 otorga a los romanos el control efectivo de todo el valle del Liri.

Se inicia luego la última etapa, cuyo objeto es ya el sometimiento absoluto de los samnitas: se dispone el envío de colonos romanos a las proximidades de Boviano. Los samnitas, que ahora tienen en juego la supervivencia, buscan aliados: los galos, manifestación del nuevo avance celta de comienzos del siglo III; los etruscos, descontentos del trato que reciben de Roma, y los umbros, resentidos por la anexión de Nequino el año 299 (X 10). La cuádruple alianza tiene al frente a Gelio Egnacio, el jefe samnita.

En contrapartida, Roma renueva las alianzas con ápu-los y lucanos por el Sur, implanta colonias en puntos estratégicos, cruza la Italia central por la vía Valeria, de vital importancia militar. Y la llamada «tercera guerra samnita», si bien probablemente se puede decir que comienza el año 298, se materializa el 296 ante la iniciativa de Gelio Egnacio (X 18-19) desembocando en una batalla decisiva, la de Sentino, el 295; queda quebrada la fuerza samnita, que recibe el golpe de gracia en la batalla de Aquilonia del 293. Son sólo secuelas lo que queda hasta el 290, final oficial de la última guerra samnita. Resultado definitivo: la frontera sur de Roma pasa del Liri al Volturno, y por el Este se extiende hasta el Adriático.

Por lo que se refiere a la propia Roma, la acción de gobernar se ha ido volviendo más compleja, necesitada de jefes en mayor número al multiplicarse los frentes en el exterior. La solución a la que se había recurrido a mitad del siglo v, la creación de tribunos militares con poderes consulares, que permitían echar mano de no patricios para los puestos de alto mando, parece que dejó de ser efectiva, sin que se puedan precisar las razones, en el año 367. Ahora bien, la disputa del poder religioso y político asociado al consulado, característica de esta etapa, no es todavía la lucha por los derechos de los no patricios en conjunto, que llegará más tarde; se trata de los derechos de algunas familias plebeyas ricas. Es verdad que desde el año 367 uno de los cónsules podía ser plebeyo (y de forma subsiguiente se reguló por ley el acceso plebeyo a otras magistraturas); pero hasta el año 342 los indicios apuntan a que el consulado fue, de hecho, monopolizado por los patricios: probablemente la ley recogía la posibilidad, pero no la obligatoriedad de que uno de los cónsules fuese plebeyo.

El año 342 fueron aprobados tres plebiscitos, iniciativa del tribuno Lucio Genucio (Liv., VII 42, 2), en cierto modo convergentes; según uno de ellos, las dos plazas de cónsul podían ser ocupadas por plebeyos. En realidad tiene el aspecto de una alianza de intereses entre patricios y aristocracia plebeya.

La confluencia de varias causas, entre ellas la sustitución de campesinos por esclavos para trabajar la tierra, hace que en Roma se incremente el proletariado: este cuerpo plebeyo ve incrementada su fuerza a finales del siglo iv. En ese contexto surge la figura de Apio Claudio, el patricio que asume la causa plebeya. Como censor, el año 312 inicia una política de obras públicas, como la vía Apia,

que da empleo a millares de ciudadanos, y también fuerza tres cambios importantes: la distribución de los más pobres, *humillimi*, confinados hasta entonces en cuatro tribus, por todas las demás, dándoles así una mayor fuerza electoral debido al sistema de sufragios por tribus (IX 46, 10 s.); la elegibilidad de los hijos de libertos para determinados puestos, y una reforma militar que mejora la situación del soldado ordinario.

Otro aspecto donde se produce un importante cambio jurídico, correlacionado con un cambio económico, es el tratamiento de las deudas, *nexum*. El deudor, *nexus*, pasaba a poder del acreedor e iba pagando en jornadas de trabajo, corriendo su sustento a cargo del acreedor al que estaba sometido; como el valor del trabajo difícilmente podía superar a los gastos de mantenimiento, la prisión era dura y, de ordinario, perpetua. El año 326 (VIII 28, 2-9), con la ley Petelia Papiria *de nexis* queda abolida la vinculación material o de prisión del deudor, uno de los vínculos económicos más odiosos que pesaban sobre la plebe. Como razona De Martino <sup>1</sup>, esa entrega física del deudor al acreedor sólo es explicable en una sociedad cuya base económica es la producción agraria, sin apenas intercambio comercial ni circulación monetaria, tal como era la sociedad romana durante el siglo v y primera parte del iv a. C.; pero en el siglo iv se produce una transformación hacia la economía de cambio y el comercio transmarino.

---

<sup>1</sup> FRANCESCO DE MARTINO, *Historia económica de la Roma antigua*, I, Madrid, 1985, págs. 47 y sigs. Comenta también la política económica y agraria, y el interés de Roma por el tráfico marítimo, sobre textos de los libros VIII y IX, sobre todo.

### *Libro VIII*

Abarca los años 341-322 a. C.

Tiene un diseño claro: una primera parte con las guerras latinas y sus consecuencias, una última parte con la expansión de Roma hacia el Sur, y un intermedio, el *excursus* referido a la muerte de Alejandro de Epiro. Con un tema recurrente: el principio de autoridad, personificado en la primera parte en Manlio (que manda ejecutar a su hijo por desobediencia), y en la segunda parte en Lucio Papirio, que está a punto de hacer lo mismo, por un motivo semejante, con Quinto Fabio.

Los pasajes de este libro que han atraído más la atención de los estudiosos en los últimos tiempos son: el de Alejandro de Epiro (VIII 17, 9-10), donde los comentarios se centran en el sincronismo o no de la historia romana y griega, y la improbabilidad de la paz de Alejandro con los romanos <sup>2</sup>. El origen de la segunda guerra samnita (VIII 22, 5-23, 12, y 25, 2), comparando los relatos de Livio y Dionisio. El enfrentamiento entre Fabio Ruliano y Papirio Cúrsor (VIII 30-35), valorando esa rivalidad como una diversidad de puntos de vista sobre la dirección que debía tomar la guerra o atribuyéndola a deseos personales de gloria. Y por último, diversos pasajes del capítulo 39.

### *Libro IX*

Comprende desde el año 321 hasta el 304 a. C.

La primera parte está construida de forma que la derrota de las Horcas Caudinas quede equilibrada con la reacción subsiguiente y la victoria de Luceria.

<sup>2</sup> Ver JANE E. PHILLIPS, «Current Research in Livy's First Decade: 1959-1979», *Aufst. Nied. Röm. Welt* II 30.2 (1982), 1014-1017, y, en la misma obra la bibliografía de las págs. 958 y 959.

La segunda parte recoge un material disperso integrado en un telón de fondo: la inexorable expansión romana a costa de diversos pueblos.

Estas dos partes, desiguales, están separadas por el *excursus* sobre Alejandro Magno, sorprendente desde diversos ángulos.

Hay, por consiguiente, un protagonismo militar absoluto, encarnado en cuatro personajes de relieve: Epurio Postumio, Lucio Papirio Cúrsor, Quinto Fabio y Gayo Menio.

Algunas piezas oratorias sobresalientes: el discurso de Poncio a los samnitas, el de Espurio Postumio ante el senado, y el del tribuno Sempronio en contra de Apio Claudio.

Son varios los pasajes que han sido objeto de estudio de forma preferente. El de las Horcas Caudinas (IX 1-11): el significado de la *sponsio*, la alternativa *sponsio/foedus*, su ratificación o no por el senado, los posibles indicios de una corriente antibelicista en Roma. El *excursus* sobre Alejandro Magno (IX 16, 19 - 19, 17): sus derivaciones para la cronología, su inserción o no después de la redacción del libro, sus fuentes de inspiración, su posible finalidad de realzar la figura de Pompeyo. Las investigaciones del año 314 (IX 26, 5-22): la posibilidad de que se trate de dos hechos diferenciados o de dos versiones de un mismo hecho. La batalla de Junio Bubulco con los samnitas (IX 31, 1-16): su comparación con las versiones de Zonaras (VIII 1, 1) y Diodoro (XX 26, 3).

### *Libro X*

Hechos ocurridos entre los años 303 y 293.

En este libro se van entrecruzando la guerra del Samnio, la guerra de Etruria, y los acontecimientos internos de Roma.

Hay dos grandes batallas: la de Sentino, narración muy cuidada desde el punto de vista dramático con el colorido legendario de la *deuotio* de P. Decio Mus hijo, y la batalla de Aquilonia, la decisiva, punto culminante de los últimos libros de la primera década de Livio.

Quedan de relieve tres apellidos: Fabio, Decio y Papirio.

Se ha estudiado sobre todo el pasaje de la *deuotio* de Decio Mus (X 24-30): su significado, su relación con otros ejemplos de autoinmolación narrados por el propio Livio.

#### NOTA TEXTUAL

La traducción de este volumen corresponde al texto latino de la edición de Oxford (reimpresión de 1979) debida a C. F. Walters y R. S. Conway. Únicamente en VIII 7, 16 y 19, 10 mantenemos *meorum* y *Fundanos*, respectivamente.

## LIBRO VIII

### SINOPSIS

#### Caps. 1-14: GUERRAS LATINAS.

Victoria sobre los volscos. Los samnitas piden la paz y se les concede (1-2).

Los latinos se enfrentan a Roma. Llega a Italia Alejandro de Epiro (3).

Intervenciones de Annio ante los latinos y ante el senado romano, y respuesta de Manlio. Se declara la guerra a los latinos (4-6).

Manlio condena a muerte a su hijo por desobediencia. Descripción del ejército (7-8).

*Deuotio* de Publio Decio. Victoria romana sobre los latinos (9-10).

Nuevas victorias sobre los latinos. Enfrentamiento entre los cónsules. Dictadura proclive a la plebe (11-12).

Sometimiento del Lacio. Medidas con los pueblos latinos vencidos (13-14).

#### Caps. 15-29: GUERRAS MENORES. PALÉPOLIS.

Guerras menores. Proceso a una vestal (15-16).

Alejandro de Epiro. Censo. Matronas procesadas por envenenamiento (17-18).

Victoria bélica sobre los privernates (19-21).

Guerra con Palépolis. Institución del proconsulado (22-23). Muerte de Alejandro de Epiro. Traición y toma de Palépolis (24-26).

Los tarentinos instigan a los lucanos. Nueva ley sobre deudas. Victoria romana sobre los vestinos (27-29).

Caps. 30-40: GUERRAS SAMNITAS.

El jefe de la caballería contraviene las órdenes del dictador. Intervenciones a favor y en contra (30-32).

Sigue en Roma el proceso al jefe de la caballería, que al fin queda libre (33-35).

Los samnitas, derrotados, consiguen una tregua, que violan. Juicio a los tusculanos (36-37).

Larga batalla contra los samnitas y triunfo del dictador romano (38-39).

La fiabilidad de las fuentes (40).

- 1 *Victoria sobre los volscos. Los samnitas piden la paz y se les concede* Eran ya cónsules Gayo Plaucio por segunda vez y Lucio Emilio Mamercio <sup>1</sup>, cuando vinieron a Roma mensajeros setinos y norbanos a anunciar la rebelión de los privernates <sup>2</sup> y quejarse de los daños sufridos. Llegó también la noticia de que el ejército de los volscos, con el pueblo de Ancio a la cabeza, había acampado cerca de Sátrico <sup>3</sup>. Ambas guerras le tocaron en suer-

<sup>1</sup> Era el año 341 a. C.

<sup>2</sup> En Secia (Sezza) se había fundado una colonia latina el año 382 (en el contexto de la extensión de la Liga Latina al país volsco), y en Norba (Norma) el año 492. Ambas habían sido assoladas por los privernates el 342 (VII 42, 8). Priverno (Piperno) se había sometido a los romanos el 357.

<sup>3</sup> Ancio, población originariamente latina en la órbita de la hegemonía etrusca cuyo centro era Roma, pasó por una etapa de control volsco.



te a Plaucio. Primero marchó hacia Priverno y entró en 3  
combate de inmediato. Los enemigos fueron derrotados en  
un combate no muy importante; la plaza fue tomada y  
les fue devuelta a los privernates, después de asignarle una  
fuerte guarnición; se les confiscaron dos tercios de su terri-  
torio. De allí el ejército victorioso fue llevado a Sátrico 4  
contra los anciates. La batalla allí fue atroz, con una gran  
matanza en los dos campos, y como una tempestad separó  
a los contendientes sin que se hubiesen decantado hacia  
uno u otro bando las esperanzas de vencer; los romanos,  
nada fatigados por aquel combate tan equilibrado, prepara-  
ran la batalla para el día siguiente. Los volscos, haciendo 5  
recuento de la calidad de las bajas habidas en el frente  
de batalla, no tuvieron ánimos ni de lejos para correr de  
nuevo el mismo riesgo. Por la noche, como vencidos, se  
marcharon a Ancio de forma precipitada abandonando a  
los heridos y parte de la impedimenta. Se encontraron 6  
armas en gran cantidad tanto entre los cadáveres de los  
enemigos como en el campamento. El cónsul dijo que las  
consagraba a la Madre Lúa <sup>4</sup>, y saqueó el territorio del  
enemigo hasta la orilla del mar.

Al otro cónsul, Emilio, que se internó en territorio 7  
sabelo <sup>5</sup>, no le hicieron frente en ningún sitio ni legiones  
ni campamentos samnitas: cuando pasaba los campos a  
hierro y fuego se dirigieron a él unos embajadores de los

---

Sátrico (Borgo Montello), junto al río Astura, a 8 km. del mar, no fue miembro de la Liga Albana pero sí aparece entre los miembros de la Liga Latina en torno al 400. Destruída por los romanos en el siglo IV (VII 27, 5-9). Se conservan restos de sus antiguas murallas.

<sup>4</sup> Diosa acerca de la cual hay referencias muy escasas. Se la ha relacionado con la expiación de la sangre derramada en la batalla, con la destrucción de las armas utilizadas por el enemigo.

<sup>5</sup> Es decir, sabino.

8 samnitas pidiéndole la paz. Los remitió al senado, y cuando se les dio oportunidad de hablar, deponiendo su actitud altiva pidieron a los romanos la paz para sí y libertad para  
9 hacer la guerra a los sidicinos <sup>6</sup>, peticiones estas que ellos consideraban tanto más justas por cuanto habían estrechado amistad con el pueblo romano cuando las cosas les iban bien a ellos, no mal, como habían hecho los campanos, y tomaban las armas contra los sidicinos, enemigos suyos  
10 de siempre, nunca amigos del pueblo romano; ellos no habían pedido ni amistad durante la paz como los samnitas, ni ayuda durante la guerra como los campanos, y no estaban ni bajo la protección ni bajo el dominio del pueblo romano.

2 Después de que el pretor Tito Emilio consultó al senado acerca de las peticiones de los samnitas y de que los senadores expusieron su parecer de que se debía renovar el tratado con ellos, el pretor respondió a los samnitas que ni  
2 había dependido del pueblo romano el que la amistad con ellos fuese ininterrumpida, ni había inconveniente en renovar por completo la amistad con ellos, ya que se habían cansado de una guerra de cuya iniciativa eran responsables;  
3 en lo referente a los sidicinos, nada se oponía a que el pueblo samnita optase libremente por la paz o la guerra.  
4 Concluido el tratado, volvieron a su país, y el ejército romano fue retirado de inmediato de allí, después de recibir la paga de un año y trigo para tres meses, como había sido pactado por el cónsul a cambio de conceder un tiempo de tregua hasta que volviesen los embajadores.

5 Los samnitas, que marcharon contra los sidicinos con las mismas tropas que habían utilizado en la guerra contra

---

<sup>6</sup> Se refiere a los habitantes de *Teanum Sidicinum*, población de la Campania, situada entre Cales y Casino.

Roma, abrigaban firmes esperanzas de apoderarse pronto de la ciudad enemiga. Entonces los sidicinos dieron los 6 primeros pasos hacia una rendición a los romanos; después, cuando los senadores la desdeñaron considerándola tardía y fruto de una situación de extrema necesidad, se la propusieron a los latinos, que ya se habían levantado en armas por su propia cuenta. Ni siquiera los campanos 7 se mantuvieron al margen en esta guerra, hasta tal extremo estaba más vivo el recuerdo de las afrentas de los samnitas que el del buen comportamiento de los romanos<sup>7</sup>. Un 8 enorme ejército procedente de todos estos pueblos guiado por los latinos invadió el territorio de los samnitas y causó mayores estragos con las devastaciones que con los combates, y a pesar de que los latinos eran superiores en la lucha armada, de buen grado se retiraron del territorio enemigo para no tener que combatir a cada paso. Esta circunstancia 9 dio tiempo a los samnitas para enviar a Roma embajadores. Cuando éstos se dirigieron al senado, se quejaron de que siendo aliados habían sufrido lo mismo que cuando eran enemigos, y con la mayor humildad pidieron que los 10 romanos se contentasen con la victoria que sobre sus enemigos campanos y sidicinos les habían arrancado a los samnitas, que no permitiesen que ellos fuesen además vencidos por los pueblos más cobardes; si los latinos y campanos 11 estaban bajo el dominio del pueblo romano, que los alejasen con su autoridad del territorio samnita, pero si se resistían a su autoridad, que los obligasen por medio de las armas. Ante estas alegaciones se dio una respuesta vaga, 12 porque los romanos tenían reparos en confesar que los latinos ya no estaban bajo su dominio y temían que, si los reconvenían, se les alejasen: que la situación de los campa- 13

---

<sup>7</sup> Referencia a lo relatado en VII 31 ss.

nos era otra, porque se habían puesto bajo su protección no por vía de tratado sino de rendición; que, por consiguiente, los campanos, lo quisieran o no, iban a estarse quietos, pero en el tratado con los latinos no había nada que les impidiera hacer la guerra con quienes quisieran.

- 3 Esta respuesta, si por un lado dejó a los samnitas sin saber qué pensar sobre lo que iban a hacer los romanos, por otro alejó a los campanos por miedo y a los latinos los volvió más arrogantes como si no hubiese ya nada que los romanos no les consintiesen.
- 2 Así, pues, bajo la apariencia de preparar la guerra contra los samnitas, celebrando frecuentes asambleas sus jefes, en todos los cambios de impresiones de unos con otros, maquinaban en secreto la guerra contra Roma. Incluso los campanos participaban en esta trama bélica contra sus salvadores. Pero, a pesar de que todo esto era mantenido expresamente en secreto, pues querían quitarse de encima a sus enemigos samnitas antes de que los romanos se moviesen, sin embargo trascendieron hasta Roma indicios de aquella conjura a través de algunos que estaban unidos a ellos por lazos particulares de hospitalidad o parentesco.
- 4 Se dispuso que los cónsules renunciasen al cargo antes de tiempo para elegir con mayor prontitud a los nuevos a la vista de una guerra de tanta envergadura, pero surgieron escrúpulos religiosos ante el hecho de que los comicios los convocasen aquellos cuyo mandato había sido acortado.
- 5 Se inició, por ello, un interregno. Hubo dos interreyes: Marco Valerio y Marco Fabio; éste proclamó cónsules a Tito Manlio Torcuato por tercera vez y a Publio Decio Mus <sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Año 340 a. C.

Está comprobado que aquel año <sup>9</sup> Alejandro, rey del 6 Epiro, arribó a Italia con su flota; y si sus primeras acciones hubiesen tenido el suficiente éxito, dicha guerra hubiera sin duda afectado a los romanos. Era la misma época 7 de las empresas de Alejandro Magno, hijo de una hermana del anterior, cuya vida apagó en su juventud una enfermedad fatal, invicto en la guerra, en otra parte del mundo <sup>10</sup>.

Por lo demás, los romanos, aunque la rebelión de 8 los aliados y del pueblo latino no ofrecía dudas, sin embargo, como si se preocupasen de los samnitas y no de sí mismos, convocaron a Roma a los diez jefes de los latinos para imponerles su voluntad. Contaba entonces el 9 Lacio con dos pretores <sup>11</sup>, Lucio Annio Setino y Lucio Numisio Circeyense <sup>12</sup>, ambos de las colonias romanas, que habían instigado también a los volscos a levantarse en armas, al igual que a Signia <sup>13</sup> y Vélitras <sup>14</sup> y las propias colonias romanas. Se decidió convocarlos individualmente. Nadie tenía duda acerca del objeto de la convocatoria; 10

---

<sup>9</sup> Presenta dificultades la fijación de la fecha de la expedición de Alejandro el Moloso. Pero, en todo caso, aquí hay una anticipación de varios años.

<sup>10</sup> A los 33 c. años, en Babilonia.

<sup>11</sup> En un principio, en la Liga Latina quien detenta la autoridad suprema es el *dictador*, nombrado por turno en las ciudades miembros de la Liga. Es incierto el momento de su sustitución por dos pretores.

<sup>12</sup> De Circeyos (Monte Circello), que aparece como colonia romana en el episodio de Coriolano (II 39, 2), aunque, según Diodoro, la primera colonia romana en esta población data del 393 a. C.

<sup>13</sup> Signia (Segni) estaba en los límites del Lacio, entre las vías Apia y Latina. Se han encontrado restos posiblemente del año 500.

<sup>14</sup> Vélitras (Velletri) era una comunidad originariamente latina de en torno al año 600. Debido a su posición geográfica cambió de manos repetidas veces a lo largo de la historia. Hay referencias de tres colonizaciones por parte de Roma en los años 494, 401 y 338.

por consiguiente, los pretores, antes de marchar a Roma celebran una reunión, comunican que han sido convocados por el senado romano, y someten a discusión qué creen que se va a tratar con ellos y qué respuesta se acuerda que se dé a ello.

- 4                               Mientras que otros exponían distintos pareceres, Annio dijo: «Aunque fui yo mismo el que propuse debatir qué respuesta se acordaba que se diese, pienso, sin embargo, que importa más a nuestra situación en su conjunto lo que debemos hacer que lo que debemos decir. Será cosa fácil, una vez expuesta la estrategia, adaptar las palabras a los hechos. Pues si incluso ahora, bajo la cobertura de un tratado en igualdad de derechos <sup>15</sup> podemos sufrir esclavitud, ¿qué falta para que, una vez traicionados los sidicinos, obedezcamos las órdenes no sólo de los romanos sino incluso de los samnitas, y respondamos a los romanos que depondremos las armas en cuanto nos hagan un simple gesto? Pero si al fin la añoranza de la libertad agujijonea nuestro espíritu, si un tratado, una alianza, implica una equiparación en los derechos, si ahora podemos gloriarnos de ser consanguíneos de los romanos, cosa de la que en otro tiempo nos avergonzábamos, si para ellos un ejército aliado es aquel con cuya unión duplican sus propios efectivos y que no quieren que deslinde de ellos su estrategia finalizando y emprendiendo guerras propias, ¿por qué no se da igualdad en todo? ¿Por qué uno de los cónsules no lo aportan los latinos? Donde está una parte de 3 las fuerzas, está también una parte del mando. La verdad, 4 5
- Intervenciones  
de Annio  
ante los latinos  
y ante  
el senado romano,  
y respuesta  
de Manlio.  
Se declara  
la guerra  
a los latinos*

<sup>15</sup> Referencia al tratado del año 493 entre Roma y los latinos.

esto en sí no es demasiado honorífico para nosotros, ya que no sólo admitimos que Roma sea la capital del Lacio, sino que hicimos, con nuestra dilatada paciencia, que pudiera parecerlo. Ahora bien, si en algún momento deseasteis la ocasión de compartir el imperio, de conseguir la libertad, he aquí que esa ocasión se ha presentado, propiciada por vuestro valor y por la benignidad de los dioses. Pusisteis a prueba su paciencia negándoles soldados <sup>16</sup>: 7 ¿quién pone en duda que se encendieron, pues rompíamos con una práctica de más de doscientos años? Se aguantaron, sin embargo, este sufrimiento. Hicimos por nuestra 8 cuenta la guerra con los pelignos: los que anteriormente no nos concedían ni siquiera el derecho de proteger por nosotros mismos nuestras fronteras, no pusieron reparo alguno. Se enteraron de que acogimos a los sidicinos bajo 9 nuestra protección, de que los campanos se pasaron de ellos hacia nosotros, de que preparábamos ejércitos contra los samnitas, aliados suyos, y no se movieron de Roma. ¿De 10 dónde semejante moderación en ellos, sino de la conciencia de nuestras fuerzas y de las suyas? Sé de buena fuente que, cuando los samnitas presentaron quejas contra nosotros, se les respondió por parte del senado romano en unos términos tales que se deducía claramente que ni siquiera ellos pretenden ya que el Lacio esté bajo el dominio de Roma. Limitaos a conseguir, reclamándolo, lo que ellos tácitamente os conceden. Si el miedo le impide a alguien 11 decir esto, entonces yo personalmente aseguro que estoy dispuesto a decirlo en presencia no sólo del pueblo y el senado romano, sino del propio Júpiter que mora en el Capitolio: si quieren tenernos por aliados y amigos, que reciban de nosotros uno de los cónsules y una parte del

---

<sup>16</sup> Véase VII 25.

12 senado.» Esto no sólo lo aconsejaba con fiereza, sino que se comprometía a hacerlo, y todos con un clamor de asentimiento le encargaron que hiciese y dijese lo que el interés común de la nación latina y su propia lealtad le aconsejasen.

5 Cuando llegaron a Roma, fueron recibidos por el senado en el Capitolio <sup>17</sup>. Allí, después que Tito Manlio habló con ellos en nombre del senado para que no hiciesen la  
2 guerra a los samnitas, sus aliados, Annio, en plan de vencedor como si hubiese conquistado con las armas el Capitolio y no hablase como embajador protegido por el  
3 derecho de gentes, dijo: «Ya era por fin hora, Tito Manlio, y vosotros, senadores, de que no trataseis con nosotros cuestión alguna desde la supremacía, puesto que veis al Lacio por bondad de los dioses muy floreciente en hombres y armas, vencidos en guerra los samnitas, con los sidicinos y campanos por aliados, a los que en estos momentos hay que añadir además a los volscos, y que encima vuestras  
4 colonias prefirieron el dominio latino al romano. Pero ya que vosotros no os decidís a poner límites a vuestro prepotente dominio, nosotros, aun pudiendo asegurar por las armas la libertad del Lacio, haremos, sin embargo, esta concesión a nuestra consanguinidad: establezcamos unas condiciones de paz iguales para ambas partes, puesto que los dioses inmortales han querido que también nuestras fuerzas  
5 estuviesen equiparadas. Es preciso que uno de los cónsules elegidos provenga de Roma y el otro del Lacio; que el senado, a partes iguales, provenga de los dos pueblos; que se haga un solo pueblo, un solo Estado; y con  
6

---

<sup>17</sup> Acerca de esta embajada puede verse el artículo de G. DISPERSIA, «Le polemiche sulla guerra sociale nell'ambasceria latina di Livio VIII 4-6», *Contr. Ist. Stor. Ant.* 3 (1975), 111-120.



el fin de que la sede de este imperio sea la misma y el mismo el nombre para todos, puesto que una de las dos partes tiene que ceder, sea ésta, enhorabuena, la patria que prevalezca, lo cual redunde en bien de unos y otros, y llamémoslos todos romanos.»

Se dio la coincidencia de que también los romanos 7 contaban con una persona de una arrogancia similar a la de éste: el cónsul Tito Manlio, que fue incapaz de contener su cólera, hasta el extremo de decir abiertamente que, en el caso de que en los senadores hiciese presa una locura como para aceptar leyes de un hombre de Secia, él acudiría al senado ceñido con la espada y a todo latino que viese en la curia lo mataría con sus propias manos. Y 8 vuelto hacia la estatua de Júpiter, dijo: «Escucha, Júpiter, estas infamias; escuchad, divinidades del derecho humano y divino. ¿Tendrás que ver, Júpiter, unos cónsules extranjeros y un senado extranjero en tu templo consagrado, cautivo y bajo la opresión tú mismo? ¿Son éstos los pactos 9 que hizo Tulo, rey de Roma, latinos, con los albanos, vuestros padres; éstos los que Lucio Tarquinio hizo después con vosotros <sup>18</sup>? ¿No os acordáis de la batalla del lago 10 Regilo <sup>19</sup>? ¿Hasta ese extremo habéis olvidado vuestras antiguas derrotas y el buen comportamiento que tuvimos para con vosotros?»

A las palabras del cónsul siguió la indignación de los 6 senadores. Se cuenta que, ante las frecuentes súplicas a los dioses que los senadores invocaban repetidamente como testigos de los tratados, se oyó la voz de Annio menospreciando el poder del Júpiter romano. Sí es seguro que 2 cuando salía a toda prisa, hirviendo en cólera, del vestíbu-

---

<sup>18</sup> Ver I 24 y 52.

<sup>19</sup> Véase II 19-20 y VI 2, 3.

- lo del templo, rodó escaleras abajo golpeándose en la cabeza con el escalón más bajo e hiriéndose gravemente de forma que se desvaneció. Como no todos coinciden en afirmar que perdió la vida, también yo lo voy a dejar en la duda, como el que se desatara una tormenta, con gran estruendo, en el momento en que se tomaba a los dioses por testigos de la violación de los tratados; puede, en efecto, tratarse tanto de cosas ciertas como de invenciones a propósito para expresar la ira de los dioses. Torcuato, enviado por el senado a despedir a los embajadores, al ver a Annio tendido en tierra, grita de modo que su voz sea audible tanto por el pueblo como por los senadores: «Le estuvo bien; los dioses han desencadenado una guerra justa. Existe un poder en las alturas; existes, gran Júpiter; no en vano te hemos consagrado en esta sede como padre de dioses y hombres. ¿Por qué tardáis, Quirites, y vosotros, senadores, en empuñar las armas, si los dioses nos guían? Os presentaré abatidas las legiones latinas del mismo modo que veis tendido por tierra a su emisario.»
- Las palabras del cónsul, recibidas con muestras de asentimiento por parte del pueblo, inflamaron los ánimos en tal medida que la marcha de los embajadores fue protegida de la cólera y el acoso de la gente más por la atención de los magistrados que los acompañaban por orden del cónsul que por el derecho de gentes. También el senado dio su aprobación a la guerra, y los cónsules alistaron dos ejércitos, marcharon a través del territorio de marsos y pelignos, se unieron al ejército de los samnitas y acamparon cerca de Capua, donde ya se habían concentrado los latinos y sus aliados.
- Cuentan que allí, durante el descanso, se les apareció a los dos cónsules la misma figura de un hombre más grande y augusto de lo que representa un ser humano, que les dijo

que les era debido a los dioses Manes y a la Madre Tierra 10  
el general de uno de los frentes y el ejército del otro; la  
victoria correspondería al pueblo y al frente al que perte-  
neciese el ejército cuyo general ofreciese con voto las legio-  
nes enemigas y, además de éstas, se ofreciese a sí mismo.  
Cuando los cónsules se comunicaron mutuamente estas 11  
visiones nocturnas se acordó sacrificar víctimas para con-  
jurar la cólera de los dioses y, al mismo tiempo, que uno  
de los dos cónsules cumpliera con el destino si las entrañas  
de las víctimas presagiaban lo mismo que se había visto  
en el sueño. Cuando las respuestas de los arúspices fueron 12  
coincidentes con el mudo sobrecogimiento religioso que  
se había instalado ya en sus ánimos, hicieron venir a los  
legados y tribunos y, después de exponer públicamente los  
mandatos de los dioses, para evitar que la muerte volunta-  
ria de uno de los cónsules aterrara al ejército en el campo  
de batalla, se ponen de acuerdo entre sí para que se 13  
sacrifique por el pueblo romano y por los Quirites el cón-  
sul de aquella parte del ejército romano que comience a  
ceder. Se habló también en la asamblea de que si alguna 14  
vez se había dirigido una guerra mandando con severidad,  
era precisamente ahora cuando la disciplina militar debía  
ser reconducida a su antigua práctica. Hacía más aguda 15  
la preocupación el hecho de que había que combatir con-  
tra los latinos, semejantes en lengua, hábitos, clase de ar-  
mamento, y sobre todo instituciones militares. Habían  
sido camaradas y colegas en las mismas guarniciones, en  
muchos casos entremezclados en los mismos manípulos sol-  
dado con soldado, centurión con centurión, tribuno con  
tribuno. Para evitar que debido a esto los soldados in- 16  
currieran en alguna equivocación, los cónsules ordenan que  
nadie luche contra el enemigo fuera de las filas.

- 7 *Manlio  
condena a muerte  
a su hijo  
por desobediencia.  
Descripción  
del ejército* Casualmente, entre los demás jefes de  
escuadrón que habían sido enviados a ex-  
plorar en todas direcciones, Tito Manlio,  
el hijo del cónsul, se llegó con sus jinetes  
hasta más allá del campamento enemigo  
de forma que estaba apenas a un tiro  
2 de dardo del puesto de guardia más cercano. Allí había  
jinetes tusculanos <sup>20</sup>; los mandaba Gémino Mecio, famo-  
3 so entre los suyos tanto por su linaje como por sus he-  
chos. Cuando éste reconoció a los jinetes romanos, y desta-  
cando al frente de los mismos al hijo del cónsul —pues  
4 todos se conocían entre sí y especialmente los personajes  
de relieve—, dijo: «¿Con un solo escuadrón pensáis los  
romanos hacer la guerra con los latinos y sus aliados? ¿Qué  
5 harán entretanto los cónsules? ¿Y los dos ejércitos consu-  
lares?» «Vendrán a su tiempo, respondió Manlio, y con  
ellos estará presente el propio Júpiter, testigo de los trata-  
dos que vosotros habéis violado, el que tiene más fuerza  
6 y poder. Si en el lago Regilo luchamos hasta que dijisteis  
basta, también aquí sin lugar a dudas haremos que no que-  
déis demasiado satisfechos de enfrentaros a nosotros en  
7 el campo de batalla.» Entonces Gémino, adelantándose  
un poco a los suyos con su caballo, replicó: «¿Quieres,  
pues, mientras llega ese día en que con grandes esfuerzos  
pondréis en movimiento vuestros ejércitos, medirme tú per-  
sonalmente conmigo para que la suerte que corramos los  
dos permita ver ya desde ahora cuánto supera un jinete  
8 latino a uno romano?» El orgulloso ánimo del joven se  
commueve por la ira, o por la vergüenza a rehusar el com-

---

<sup>20</sup> Túsculo no fue miembro de la Liga Albana, aun siendo una ciudad latina de gran antigüedad; sí perteneció a la Liga Latina, como miembro destacado.

bate, o por la fuerza inexorable del destino. Olvidándose, pues, de la autoridad paterna y de la orden expresa de los cónsules, se lanza de cabeza a aquel combate en el que poco iba a importar que resultase vencedor o vencido. Retirados los demás jinetes como para un espectáculo, <sup>9</sup> espolean sus caballos uno contra el otro en el espacio de campo que quedaba libre; se lanzaron al choque con las picas en ristre, y la de Manlio rozó el casco de su enemigo, la de Mecio el cuello del caballo. Después de hacer a <sup>10</sup> continuación volver grupas a los caballos, Manlio se irguió el primero para repetir el golpe e hincó la pica entre las orejas del caballo; al sentirse herido, el caballo se encabritó de manos, sacudió la cabeza con gran fuerza y despidió <sup>11</sup> al jinete. Cuando éste se incorporaba de la grave caída apoyándose en la pica y el escudo, Manlio lo clavó al suelo atravesándole el cuello, de forma que el hierro le asomó por el costado. Recogidos los despojos, regresó junto a <sup>12</sup> los suyos al campamento entre ovaciones de entusiasmo de su escuadrón y, luego, se dirigió a la tienda de general de su padre, ignorante de su destino y de lo que iba a ocurrir, de si había merecido alabanza o castigo.

«Para que todos, padre, dijo, me reconozcan de ver- <sup>13</sup> dad nacido de tu sangre, yo te traigo estos despojos ecuestres quitados a un enemigo al que di muerte después de ser desafiado.» Al oír estas palabras el cónsul inmediata- <sup>14</sup> mente dio la espalda a su hijo e hizo tocar la trompeta para convocar la asamblea de soldados. Cuando éstos se reunieron en buen número, dijo: «Puesto que tú, Tito <sup>15</sup> Manlio, sin respetar la autoridad consular ni la majestad paterna, contraviniendo nuestra orden expresa, luchaste fuera de las filas contra un enemigo y quebrantaste, en cuanto <sup>16</sup> de ti dependió, la disciplina militar, sostén, hasta la fecha, del Estado romano, y me has puesto en el brete de tener